

*Con relación al misterio de Cristo, la iglesia,  
tenemos la economía eterna del misterio*

Con relación al misterio de Cristo, la iglesia, tenemos la economía del misterio; la economía de Dios es Su plan y todo lo que Él dispone para impartirse en Su Trinidad Divina en Sus escogidos a fin de producir el Cuerpo de Cristo, cuya consumación será la Nueva Jerusalén, con miras a la expresión eterna del Dios Triuno; éste es el más grande misterio del universo; no hay nada que sea de más trascendencia ni más importante que esto (v. 9; 1:22-23; 4:16; Ap. 21:2, 10-11). Éste es el gran misterio en el universo. Nada es mayor o más importante que esto.

Nosotros, que éramos “Adanes viejos” muertos, feos, vacíos, pecaminosos, sucios, dispersos y divididos, ahora estamos experimentando un proceso de santificación, renovación, transformación, conformación y glorificación para llegar a ser completamente uno con Dios y uno los unos con los otros como el Cuerpo de Cristo, el testimonio de Jesús. Ésta es la gran expresión de la multiforme sabiduría de Dios. Dios no va a ejecutar directamente a Satanás; más bien, Él ha escogido derrotar a Satanás de una manera muy sabia: esto es, bajo los pies de la iglesia (Ro. 16:20). Démosle al Señor toda nuestra cooperación en este proceso a fin de que el enemigo pueda ser derrotado. Somos el poema de Dios, la obra maestra de Dios (Ef. 2:10).

**TODOS ESTOS MISTERIOS ESTÁN RELACIONADOS  
CON EL EVANGELIO**

Todos estos misterios están relacionados con el evangelio; por lo tanto, el misterio del evangelio se refiere a toda la economía neotestamentaria de Dios, y por medio del evangelio podemos llegar a ser personas cuyas vidas tienen sentido y quienes disfrutaron a Dios como el misterio del universo (Ef. 6:19; Sal. 36:8-9).—M. C.

**ESTUDIO DE CRISTALIZACIÓN DEL EVANGELIO DE DIOS**

**Servir a Dios en nuestro espíritu  
en el evangelio de Su Hijo  
(Mensaje 10)**

Lectura bíblica: Ro. 1:1, 9; 15:16

- I. Con respecto a todos los requisitos revelados en el Nuevo Testamento que deben cumplir los creyentes, especialmente el requisito de anunciar el evangelio de Dios, necesitamos recibir el suministro divino del Cuerpo por medio de la impartición del Dios Triuno procesado—Ef. 3:2; He. 4:16; Ro. 5:17, 21; Jn. 7:37-38; Hch. 6:4; Fil. 1:5-6, 19-25.
- II. Debemos ver que nuestro servicio a Dios en el evangelio es la adoración que le rendimos a Dios; conforme al Nuevo Testamento, servir a Dios equivale en realidad a adorar a Dios—Mt. 4:9-10; Cnt. 1:2; cfr. Sal. 2:11-12:
  - A. Pablo dijo que los creyentes de Tesalónica se volvieron “de los ídolos a Dios, para servir al Dios vivo y verdadero”—1 Ts. 1:9:
    1. Dios tiene que ser un Dios vivo para nosotros en cada aspecto de nuestra vida cotidiana; el hecho de que Dios nos regule, dirija, corrija y amoneste, incluso en asuntos insignificantes como son nuestros pensamientos y motivos, es prueba que Él es viviente—Fil. 1:8; 2:5, 13; 1:20.
    2. Vivimos continuamente bajo la regulación, dirección y corrección de un Dios vivo, a fin de ser un modelo de las buenas nuevas que propagamos—1 Ts. 1:5-8; 2:10; 2 Ts. 3:5.
  - B. Como creyentes de Cristo que somos, debemos llevar una vida en nuestro espíritu que testifique que el Dios que adoramos y servimos es un Dios vivo en los detalles de nuestra vida; la razón por la cual no hacemos ni decimos ciertas cosas se debe a que Dios vive en nosotros—Ro. 8:6, 16.
- III. Pablo dijo que fue “apartado para el evangelio de Dios” (1:1),

y declaró: “Testigo me es Dios, a quien sirvo en mi espíritu en el evangelio de Su Hijo” (v. 9):

- A. La palabra griega traducida “sirvo” en Romanos 1:9 significa “servir en adoración”, y también aparece en Mateo 4:10, 2 Timoteo 1:3, Filipenses 3:3, Lucas 2:37; Pablo consideraba su predicación del evangelio como adoración y servicio a Dios, no meramente como una obra.
- B. Cuando nos acercamos para servir o adorar a Dios, necesitamos una conciencia que ha sido purificada con la sangre; es necesario que nuestra conciencia contaminada sea purificada para que sirvamos a Dios de una manera viva—He. 9:14; 10:22; 1 Jn. 1:7, 9; Hch. 24:16; cfr. 1 Ti. 4:7.
- C. Servir a Dios en evangelio equivale a servirle en el Cristo todo-inclusivo, puesto que el evangelio es sencillamente Cristo mismo—Hch. 5:42; Ro. 1:3-4; 8:29.
- D. A fin de predicar el evangelio del Hijo de Dios, debemos estar en nuestro espíritu regenerado (1:9); en el libro de Romanos Pablo recalcó que todo lo que somos (2:29; 8:5-6, 9), todo lo que tenemos (vs. 10, 16) y todo lo que hacemos para Dios (1:9; 7:6; 8:4, 13; 12:11) debe ser en nuestro espíritu.
- E. Pablo servía a Dios en su espíritu regenerado en virtud del Cristo que moraba en él, el Espíritu vivificante, y no en su alma, mediante el poder y la habilidad del alma; éste era el primer asunto importante en su predicación del evangelio.
- F. El evangelio de Dios, para el cual Pablo fue apartado, es el tema del libro de Romanos; el libro de Romanos puede ser considerado el quinto evangelio—1:1; 2:16; 16:25:
  1. Los primeros cuatro Evangelios tratan del Cristo encarnado, del Cristo en la carne, que vivía entre Sus discípulos, mientras que el evangelio de Romanos nos habla del Cristo resucitado, quien es el Espíritu que vive dentro de Sus discípulos—8:2, 6, 9-11, 16.
  2. Necesitamos el quinto evangelio, el libro de Romanos, para revelar al Salvador subjetivo dentro de nosotros como el evangelio subjetivo de Cristo.
  3. El mensaje central del libro de Romanos es que Dios desea transformar a los pecadores en la carne en hijos de Dios en el espíritu, a fin de que sean los constituyentes del

Cuerpo de Cristo, el cual se expresa como las iglesias locales—v. 29; 12:1-5; cap. 16.

4. Todos debemos ejercer nuestra función como sacerdotes del evangelio de Dios según la revelación presentada en el libro de Romanos; debemos aprender acerca de los elementos y los detalles del evangelio, experimentar todo el contenido del evangelio y ejercitar nuestro espíritu para aprender a ministrar el evangelio—15:16.
- IV. “Dios es Espíritu; y los que le adoran, en espíritu y con veracidad es necesario que adoren”—Jn. 4:24:
    - A. Tocar a Dios el Espíritu con el espíritu es beber el agua viva, y beber el agua viva es rendir verdadera adoración a Dios—vs. 10-14.
    - B. Dios amó tanto al mundo que dio a Su Hijo unigénito para que los pecadores crean en Él y beban de Él, el Dios Triuno que fluye, a fin de que lleguen a ser la totalidad de la vida eterna, o sea, la Nueva Jerusalén—3:16; 4:14b; cfr. Jer. 2:13.
    - C. Según la tipología, a Dios se le debe adorar en el lugar que Él escogió para establecer Su habitación (Dt. 12:5, 11, 13-14, 18) y con las ofrendas (Lv. 1—6); el lugar escogido por Dios para habitar tipifica el espíritu humano (Ef. 2:22), y las ofrendas tipifican a Cristo (He. 10:5-10).
    - D. La realidad divina es Cristo como la realidad de todas las ofrendas del Antiguo Testamento con las cuales se adora a Dios (Jn. 14:6; 1:29; 3:14) y como la fuente del agua viva, el Espíritu vivificante (4:7-15), del cual participan y beben Sus creyentes, para que sea la realidad subjetiva de ellos (1 Co. 12:13; Jn. 7:37-39).
    - E. A medida que disfrutamos a Cristo como la realidad divina de las ofrendas en nuestro espíritu, Él llega a ser nuestra autenticidad y sinceridad (veracidad) para que rindamos verdadera adoración a Dios—4:24.
  - V. “Nosotros somos la circuncisión, los que servimos por el Espíritu de Dios y nos gloriamos en Cristo Jesús, no teniendo confianza en la carne”—Fil. 3:3; cfr. Ro. 2:28-29:
    - A. La carne se refiere a todo lo que somos y tenemos en nuestro ser natural; todo aquello que es natural, sea bueno o malo, pertenece a la carne—Fil. 3:4-6.
    - B. Como creyentes de Cristo, no debemos confiar en nada de lo

que tenemos en virtud de nuestro nacimiento natural, pues todo lo que proviene de nuestro nacimiento natural es parte de la carne.

- C. Pese a que fuimos regenerados, es posible que sigamos viviendo según nuestra naturaleza caída, gloriándonos de lo que hacemos en la carne y confiando en nuestras aptitudes naturales; por lo tanto, es importante que estos versículos de Filipenses 3 nos afecten de manera profunda y personal.
  - D. Necesitamos que la luz del Señor brille sobre nosotros en lo que se refiere a nuestra naturaleza, nuestras obras y nuestra confianza en la carne; necesitamos que el Señor nos ilumine para que veamos que aún vivimos mucho en virtud de la carne y nos gloriamos en nuestras obras y nuestra preparación.
  - E. Un día, cuando la luz resplandezca sobre nosotros con respecto a este asunto, desearemos postrarnos delante del Señor y confesaremos cuán impura es nuestra naturaleza; entonces condenaremos todo lo que hacemos en virtud de nuestra naturaleza caída; veremos que a los ojos de Dios todo lo que se hace según la naturaleza caída es maligno y merece ser condenado.
  - F. Anteriormente, nos gloriábamos de nuestras obras y aptitudes, pero el día vendrá cuando condenaremos la carne con sus aptitudes; entonces nos gloriaremos únicamente en Cristo, comprendiendo que en nosotros mismos no tenemos absolutamente ninguna base para gloriarnos.
  - G. Únicamente cuando hayamos sido iluminados por Dios realmente podremos decir que no confiamos en nuestra aptitud, capacidad o inteligencia naturales; sólo entonces podremos testificar que nuestra confianza está puesta totalmente en el Señor; una vez que seamos iluminados de esta manera, serviremos y adoraremos verdaderamente a Dios en nuestro espíritu y por el Espíritu.
- VI. Si deseamos servir a Dios en el evangelio de Su Hijo, es menester que comprendamos que somos hombres en la carne y que lo único que merecemos es morir y ser sepultados; de este modo, seguiremos el modelo establecido por el Señor para que se cumpla toda justicia y entraremos en el ministerio de la era—Mt. 3:13-17; 21:32:
- A. La base sobre la cual Jesús se hizo bautizar es que Él, según Su humanidad, se consideraba un hombre, específicamente un

israelita, quien es un hombre “en la carne” (Jn. 1:14); aunque Él únicamente tenía “ semejanza de carne de pecado ” (Ro. 8:3), “sin pecado” (He. 4:15), sin embargo, Él estaba “en la carne”, la cual no tiene nada bueno en ella, y no merece otra cosa que morir y ser sepultada.

- B. Basado en este hecho, al comienzo de Su ministerio para Dios, Él estuvo dispuesto a ser bautizado por Juan el Bautista, reconociendo que, según Su humanidad, no poseía nada que lo calificara para ser un siervo de Dios.
  - C. Como un hombre en la carne, Él necesitaba ser un hombre muerto y sepultado en las aguas de la muerte, a fin de cumplir el requisito neotestamentario de Dios conforme a Su justicia; Él hizo esto de buena gana, considerando que esto cumplía la justicia de Dios.
  - D. Esto muestra que no debemos introducir nada que proceda de nuestra vida natural, de nuestra carne, en el ministerio de Dios en el servicio de Su evangelio.
  - E. Todos debemos declarar con respecto a nuestra vida y nuestra obra: “Soy una persona en la carne y, como tal, sólo merezco morir y ser sepultado; por lo tanto, deseo ser aniquilado, crucificado y sepultado”—Gá. 2:20.
- VII. Nuestra obra y labor para el Señor en el evangelio no debe realizarse en virtud de nuestra vida natural ni de nuestra capacidad natural, sino de la vida y poder de resurrección del Señor; la resurrección es el principio eterno que regula nuestro servicio a Dios—Nm. 17:8; 1 Co. 15:10, 58; 16:10:
- A. El Espíritu vivificante es la realidad del Dios Triuno, la realidad de la resurrección y la realidad del Cuerpo de Cristo—Jn. 16:13-15; 20:22; 1 Co. 15:45; Ef. 4:4.
  - B. La resurrección significa que todo proviene de Dios y no de nosotros, que sólo Dios es capaz y nosotros no lo somos, y que Dios es quien lo hace todo y no nosotros—Nm. 17:8.
  - C. Todos aquellos que conocen la resurrección han perdido toda esperanza en sí mismos; saben que no pueden lograr nada; todo lo que procede de la muerte nos pertenece a nosotros y todo lo relacionado con la vida le pertenece al Señor—2 Co. 1:8-9; cfr. Ec. 9:4.
  - D. Debemos reconocer que no somos nada, no tenemos nada ni podemos hacer nada; debemos llegar a nuestro fin para

convencernos de nuestra completa inutilidad—Éx. 2:14-15; 3:14-15; Lc. 22:32-34; 1 P. 5:5-6.

- E. El Cristo resucitado, quien es el Espíritu vivificante, vive en nosotros capacitándonos para hacer lo que jamás podríamos hacer en nosotros mismos—1 Co. 15:10; 2 Co. 1:8-9, 12; 4:7-18.
- F. Cuando no vivimos en virtud de nuestra vida natural, sino en virtud de la vida divina que está en nosotros, estamos en resurrección; el resultado de esto es la realidad del Cuerpo de Cristo, que es la meta del evangelio de Dios—Fil. 3:10-11; Ef. 1:22-23.

## MENSAJE DIEZ

### SERVIR A DIOS EN NUESTRO ESPÍRITU EN EL EVANGELIO DE SU HIJO

El libro de Romanos en su totalidad no sólo nos muestra qué es el evangelio, sino que es, en sí mismo, el evangelio. De hecho, el libro de Romanos podría ser considerado como el quinto evangelio; los primeros cuatro son los Evangelios de Mateo, Marcos, Lucas y Juan, y el quinto evangelio es la Epístola de Pablo a los Romanos. Los primeros cuatro Evangelios tratan sobre Cristo en Su encarnación; el evangelio de Pablo trata sobre Cristo en Su resurrección. En los mensajes anteriores vimos los contenidos del evangelio, pero en este mensaje nos concentraremos en la manera de servir en el evangelio de acuerdo con el ejemplo de Pablo. Ver el ejemplo de Pablo nos inspirará, iluminará y guiará con respecto a la manera en que debemos servir en el evangelio de Dios.

Al inicio mismo de Romanos, Pablo afirma haber sido apartado para el evangelio de Dios, el mismo que es acerca de Su Hijo, Jesucristo nuestro Señor (1:1, 3-4). El libro de Romanos es el pleno evangelio de Dios. Por tanto, el evangelio no solamente trata sobre la justificación, sino también sobre la santificación, la glorificación, el Cuerpo de Cristo y las iglesias locales. Todos estos elementos corresponden a las diferentes secciones del libro de Romanos y abarcan el evangelio entero de Dios.

Con respecto al asunto de servir a Dios, tenemos que comprender que el propósito de nuestra salvación no es meramente que seamos salvos, sino que sirvamos a Dios; es decir, fuimos salvos para servir. Por ser seres humanos, todos tenemos que servir a algo o alguien; así pues, si no servimos a Dios, servimos a algo diferente de Dios mismo. En el libro de Romanos vemos cuatro cosas a las que la gente sirve además de Dios mismo. La primera es hallada en Romanos 1:25, donde se nos habla de quienes adoran y sirven a la creación antes que al Creador. Dios desea que el hombre le sirva y adore a Él, pero el hombre cayó y se entregó a toda clase de maldad y de cosas pecaminosas. Con el tiempo, el hombre comenzó a servir y adorar la creación antes que al Creador. La segunda cosa a la cual la gente sirve y que no es Dios mismo se ve en Romanos 6:6 que dice: “No sirvamos más al pecado como esclavos”,

indicándonos que antes de ser salvos servíamos al pecado como esclavos. Podemos ver la tercera cosa en Romanos 7:25, donde dice que con nuestra mente servimos a la ley de Dios, mientras que con nuestra carne servimos a la ley del pecado. Así pues, la tercera cosa es servir a la ley. Finalmente, la cuarta cosa a la que los hombres sirven puede verse en Romanos 16:17-18, donde, refiriéndose a los que causan divisiones, se les describe como aquellos que “no sirven a nuestro Señor Cristo, sino a sus propios vientres”. Hoy en día, hay muchos que aparentemente sirven al Señor pero que, en realidad, están sirviendo a sus propios “vientres”. En otras palabras, su estómago es su señor; ellos únicamente se preocupan por sus estómagos, es decir, por sí mismos. Por tanto, hay cuatro cosas a las cuales las personas sirven en la actualidad. Algunos sirven y adoran la creación, otros sirven al pecado, otros a la ley y aún otros a sí mismos.

Sin embargo, Lucas 1:74-75 dice: “Que nos había de conceder que, librados de la mano de nuestros enemigos, sin temor le serviríamos en santidad y en justicia delante de Él, todos nuestros días”. Dios nos salvó no para que fuésemos al cielo, sino para que dejemos de servir a otras cosas y nos volvamos a Dios a fin de servirle. Lucas 16:13 afirma que nadie puede servir a dos amos. No podemos decir que no servimos a nadie ni a nada, pues de hecho: servimos al Señor o servimos a alguien o algo distinto al Señor. En Éxodo, cuando los hijos de Israel fueron liberados de Egipto, dicha liberación no sólo tenía como propósito librarlos de la mano del Faraón, sino que ellos emprendieran un viaje por el desierto con la finalidad de ir a servir a Dios (3:12, 18). Esto implica que todos los que han sido redimidos y salvos deben servir al Señor. Hoy en día, en Su recobro, el Señor está obteniendo un reino de sacerdotes (Ap. 1:6; 5:10; 1 P. 2:9), y no estará satisfecho hasta que todos los creyentes le sirvan. En el cristianismo únicamente un grupo muy selecto y reducido sirve al Señor, pero en Su recobro el Señor nos está recobrando a todos nosotros para que le sirvamos. Todos debemos servir a Dios en nuestro espíritu en el evangelio de Su Hijo.

**CON RESPECTO A TODOS LOS REQUISITOS REVELADOS EN EL NUEVO TESTAMENTO QUE DEBEN CUMPLIR LOS CREYENTES, ESPECIALMENTE EL REQUISITO DE ANUNCIAR EL EVANGELIO DE DIOS, NECESITAMOS RECIBIR EL SUMINISTRO DIVINO DEL CUERPO POR MEDIO DE LA IMPARTICIÓN DEL DIOS TRIUNO PROCESADO**

Con respecto a todos los requisitos revelados en el Nuevo Testa-

mento que deben cumplir los creyentes, especialmente el requisito de anunciar el evangelio de Dios, necesitamos recibir el suministro divino del Cuerpo por medio de la impartición del Dios Triuno procesado (Ef. 3:2; He. 4:16; Ro. 5:17, 21; Jn. 7:37-38; Hch. 6:4; Fil. 1:5-6, 19-25). Tenemos que anunciar el evangelio de Dios, y la manera de hacerlo es al recibir el suministro divino del Cuerpo por medio de la impartición del Dios Triuno procesado.

Según el *Estudio-vida de Romanos*, el tema de todo el libro de Romanos es la impartición divina (mensaje 60). Este asunto de la impartición divina es un misterio que está escondido en el libro de Romanos. En este libro hay muchos versículos que hablan de muchos asuntos de una manera directa, pero escondido en esos versículos está el misterio, el significado intrínseco, del libro de Romanos. En el *Estudio-vida de Romanos* el hermano Lee dice:

Romanos es un libro todo-inclusivo; es un resumen tanto de la vida cristiana como de la vida de iglesia. Es imposible agotar la revelación que en este libro se transmite y que también está implícita. Cuando decimos que la revelación está implícita en este libro, queremos decir que dicha revelación no se transmite de manera directa y explícita; más bien, queda implícita por medio de lo que se transmite directamente. En la Palabra divina muchas veces es más importante el mensaje implícito que lo que se declara directamente. (pág. 657)

Por tanto, hay una revelación que está implícita en el libro de Romanos, la cual es el misterio mencionado en 16:25, y esta revelación implícita atañe al impartir del Dios Triuno con miras al cumplimiento de Su propósito. Nuestro Dios es triuno —Padre, Hijo y Espíritu—, pero esto no es con la finalidad de que sea entendido por nosotros, sino con el fin de que Él mismo sea impartido a nosotros para producir el Cuerpo de Cristo expresado en las iglesias locales.

#### **Diez versículos del libro de Romanos que revelan los pasos de la impartición del Dios Triuno**

A fin de ver la revelación del misterio, tenemos que considerar diez versículos en Romanos que revelan la impartición del Dios Triuno paso a paso. Por supuesto, antes de examinar estos versículos tenemos que comprender que todo el libro de Romanos es una revelación del Hijo de Dios. Esto es demostrado en Romanos 1:9, donde Pablo dice que él

servía a Dios en su espíritu, no en el evangelio de ir al cielo ni siquiera en el evangelio de la salvación, sino “en el evangelio de Su Hijo”. En otras palabras, el evangelio es simplemente la persona del Hijo de Dios. Esto es confirmado en los versículos 1 y 3, donde se nos dice que “el evangelio de Dios” es “acerca de Su Hijo”. Por tanto, tenemos que ver la revelación en cuanto al Hijo de Dios en los siguientes diez versículos del libro de Romanos.

Primero, Romanos 9:5 dice que el Hijo “es Dios sobre todas las cosas”, haciendo alusión a que el Hijo es Dios en la eternidad. Segundo, Romanos 8:3 dice: “Dios, enviando a Su Hijo”, lo cual indica que el Hijo, quien es Dios sobre todas las cosas, es también el Hijo de Dios que fue enviado en semejanza de carne de pecado, aludiendo al hecho de que el Hijo se hizo hombre mediante la encarnación. Tercero, Romanos 5:10 habla de la muerte del Hijo al decirnos que “fuimos reconciliados con Dios por la muerte de Su Hijo”, haciendo alusión a la crucifixión del Hijo. Cuarto, Romanos 1:4 indica que este Hijo que se encarnó y murió en la cruz, fue designado Hijo de Dios en Su resurrección. Quinto, Romanos 8:9-10 implica que en Su resurrección el Hijo, quien es Cristo, llegó a ser el Espíritu de Cristo. Estos dos versículos contienen tres términos intercambiables entre sí: *el Espíritu de Dios*, *el Espíritu de Cristo* y *Cristo*. Así pues, este Cristo, quien es el Espíritu de Dios y el Espíritu de Cristo, mora en Sus creyentes. Sexto, Romanos 8:10 dice: “Cristo está en vosotros”, lo cual demuestra que este Cristo como Espíritu ahora está en nosotros. Séptimo, el versículo 11 dice: “Si el Espíritu de aquel que levantó de los muertos a Jesús mora en vosotros, el que levantó de los muertos a Cristo vivificará también vuestros cuerpos mortales por Su Espíritu que mora en vosotros”, indicándonos que el Espíritu mora, reside y hace Su hogar en nuestro ser. En este único versículo se hallan implícitos tanto el proceso de Dios como Su impartir. El Padre, quien está corporificado en el Hijo y es hecho real a nosotros como el Espíritu, ahora mora en nuestro ser. Octavo, el versículo 14 dice: “Todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, éstos son hijos de Dios”. Primero, somos los hijos de Dios; después, somos los hijos maduros de Dios; y finalmente, somos los herederos de Dios (vs. 16, 14, 17). Noveno, el versículo 23 indica que el Espíritu que está dentro de los creyentes es las primicias del Espíritu, esto es, el gusto que a manera de anticipo tenemos del Espíritu y que nos adelanta algo mucho mayor a nuestro actual disfrute: el gusto en plenitud del disfrute de Dios que tendremos en el reino milenar venidero.

Finalmente, el versículo 29 indica que el resultado máximo y final de la impartición de Dios será que nosotros, los muchos hijos, seremos conformados a la imagen del Hijo primogénito de Dios.

Juntos, estos diez versículos revelan que el Hijo presentado en Romanos 1 es Dios sobre todos y el propio Hijo de Dios. Este Hijo se encarnó, fue crucificado y resucitó; en Su resurrección fue designado Hijo de Dios con poder y llegó a ser el Espíritu de Cristo, el cual ahora mora en nuestro ser y hace Su hogar en el mismo. Él está en nuestro espíritu como vida y, como tal, continuamente se propaga en nuestra mente hasta que, al final, incluso vivificará nuestro cuerpo mortal. A la postre, Él saturará todo nuestro ser —espíritu, alma y cuerpo— con Él mismo como vida. Mediante este proceso nosotros, como hijos de Dios, estamos madurando para llegar a ser los hijos maduros de Dios y herederos de Dios. Este proceso llega a su consumación cuando llegamos a ser hechos los muchos hijos que han sido conformados a la imagen del Hijo primogénito. Mediante la impartición divina, el Hijo unigénito llegó a ser el Hijo primogénito entre muchos hermanos, quienes conforman el Cuerpo de Cristo manifestado en las iglesias locales. Si logramos aprehender estos diez versículos de tal modo que ellos lleguen a formar parte de nuestra constitución intrínseca, estaremos capacitados para predicar el evangelio de Dios en todo tiempo y lugar.

En el mensaje 61 del *Estudio-vida de Romanos* el hermano Lee nos dice que esta impartición divina se realiza conforme a la justicia de Dios (Ro. 3:21—5:11), mediante la santidad de Dios (5:12—8:13), y para la gloria de Dios (8:14-39). Estas tres secciones de Romanos corresponden a los tres atributos de Dios representados por la espada de fuego y los querubines, que Dios colocó en el huerto a fin de guardar el camino al árbol de la vida después de la caída del hombre (Gn. 3:24). Estas tres secciones también corresponden a los tres aspectos del proceso de Cristo en la economía de Dios. La justicia nos habla de la muerte de Cristo; la santidad, o la santificación, nos habla de la vida de resurrección de Cristo; y la gloria alude a la ascensión de Cristo. Más aún, estas tres secciones corresponden a las tres etapas de nuestra experiencia de la salvación de Dios, la cual comienza en nuestro espíritu, se propaga por nuestra alma y, finalmente, llega a todo nuestro cuerpo. La justicia nos habla del proceder de Dios, Su procedimiento; la santidad nos habla de la naturaleza de Dios; y la gloria nos habla de la expresión de Dios. Cuando llegamos a la etapa que corresponde a la gloria, Dios



es expresado, primero por medio de nosotros como los muchos hijos de Dios y luego de manera más plena por medio del Cuerpo de Cristo, el nuevo hombre. Por tanto, la sección que va desde Romanos 12 hasta el final del libro trata sobre la expresión de Dios, la cual es gloria.

Esto es todo el libro de Romanos, y éste es el tema y contenido del servicio de Pablo en el evangelio del Hijo de Dios. Pablo no predicaba un evangelio que le decía a la gente que podía ser liberada del infierno e ir al cielo. En lugar de ello, su evangelio era acerca del Hijo, quien pasó por un proceso para producir muchos hijos, quienes, a su vez, son el Cuerpo, el nuevo hombre. Por tanto, la manera en que servimos en el evangelio de Dios es al recibir el suministro divino del Cuerpo mediante la impartición del Dios Triuno procesado. Alabado sea el Señor que no estamos sirviendo a la creación, ni al pecado, ni a la ley ni a nosotros mismos, sino a Dios mismo. ¡Aleluya, podemos servir a Dios!

El libro de Romanos menciona el asunto de servir en espíritu tres veces. En 1:9 Pablo dice que él servía a Dios en su espíritu en el evangelio; en 7:6 él habla de nuestro servicio en novedad del espíritu en nuestra vida diaria; y en 12:11 él nos exhorta, en cuanto a celo, a no ser perezosos sino fervientes en espíritu, sirviendo al Señor como esclavos en el Cuerpo. Por tanto, ya sea que sirvamos al Señor en el evangelio, en nuestra vida diaria o en el Cuerpo, tenemos que servir en nuestro espíritu. En ningún otro libro de la Biblia se nos habla de servir en espíritu de manera tan notoria como en este libro.

**DEBEMOS VER QUE NUESTRO SERVICIO A DIOS  
EN EL EVANGELIO ES LA ADORACIÓN QUE LE RENDIMOS A DIOS;  
CONFORME AL NUEVO TESTAMENTO, SERVIR A DIOS  
EQUIVALE EN REALIDAD A ADORAR A DIOS**

Debemos ver que nuestro servicio a Dios en el evangelio es la adoración que le rendimos a Dios; conforme al Nuevo Testamento, servir a Dios equivale en realidad a adorar a Dios (Mt. 4:9-10; Cnt. 1:2; cfr. Sal. 2:11-12). Nuestro servicio es nuestra adoración a Dios; la verdadera adoración consiste en servir a Dios. Cuando verdaderamente servimos en el evangelio de Dios, estamos adorando a Dios. En Romanos 1:9 Pablo dice: “Sirvo en mi espíritu en el evangelio de Su Hijo”. En el libro de Romanos, Pablo usa tres palabras griegas distintas que significan *servir*. En 1:9 él usa la palabra *latrevo*, una palabra especial que significa “rendir culto u honra religioso, adorar, realizar cultos sagrados”

(Wuest). Esto implica que servimos a Dios al adorarle. En 12:11 la palabra griega que se tradujo “sirviendo” es una forma de la palabra *doulevo*, que tiene el sentido de servir en condición de esclavo. Después, en 15:16, Pablo usó la palabra *leitourgos*, que se tradujo “labora” y que se refiere a alguien que sirve o ministra como quien desempeña un cargo oficial o un servicio público. Esta palabra implica que servimos al Señor debido a que Él es nuestro Señor y que tenemos una responsabilidad oficial que no podemos dejar de cumplir. Así pues, este asunto de servir al Señor no depende de que nos agrade o nos haga felices, ni tampoco de si tenemos deseos de servirle o no, ni si es algo que nos guste hacer; más bien, servimos y adoramos al Señor debido a que Él es Dios.

Tenemos que comprender que servir al Señor y adorar al Señor son dos asuntos estrechamente relacionados entre sí. Cuando el diablo tentó a Jesús en Mateo 4:9, el Señor respondió: “Escrito está: ‘Al Señor tu Dios adorarás, y a Él solo servirás’ ” (v. 10). Este versículo hace equivalentes adorar y servir. Cantar de los Cantares 1:2 nos habla de ser besados por el Señor. Esto guarda relación con nuestro servicio a Él, pues el salmista declara: “Servid a Jehová con temor / y alegraos con temblor. / Besad al Hijo. / No sea que se enoje” [heb.] (Sal. 2:11-12). Al besar al Hijo, le servimos. Por tanto, tenemos que besar al Hijo.

**Pablo dijo que los creyentes de Tesalónica se volvieron  
“de los ídolos a Dios, para servir al Dios vivo y verdadero”**

Pablo dijo que los creyentes de Tesalónica se volvieron “de los ídolos a Dios, para servir al Dios vivo y verdadero” (1 Ts. 1:9). No solamente fuimos apartados del pecado y salvos de la perdición eterna, sino que además nos volvimos de los ídolos, esto es, de servir a otras cosas y a otros amos, a fin de servir al Dios vivo y verdadero. Todo aquello a lo cual sirvamos y que no sea Dios mismo es un ídolo. Hoy en día, hay quienes sirven a *mammon*, las riquezas, otros sirven al entretenimiento mundano y aún otros se sirven a sí mismos. Lo que ellos hacen es servir a ídolos muertos, y cuanto más les sirven, más muertos están ellos mismos. Pero nosotros nos hemos vuelto de servir ídolos muertos a servir al Dios vivo y verdadero.

Primero, Dios vive en nosotros y, después, llega a ser verdadero para nosotros, esto es, llega a ser nuestra realidad. Él en verdad vive en nuestro vivir. Para nosotros, Él ya no vive meramente en términos de doctrinas o teorías, sino que Él vive en nosotros y por medio de

nosotros en nuestro diario vivir. Ahora tenemos un Dios que vive en nuestra manera de comer, vestirnos, estudiar y trabajar. En todo cuanto hacemos, Dios está presente, viviendo en nuestro vivir; por tanto, nuestro Dios es viviente, y nosotros le servimos. Quienes sirven ídolos jamás tienen el sentir de que ese ídolo está con ellos en su vivir; más bien, su ídolo permanece confinado a su templo idólatra. En contraste con ello, nosotros conocemos y servimos a un Dios vivo, quien está subjetivamente involucrado en todo aspecto de nuestro vivir diario.

*Dios tiene que ser un Dios vivo para nosotros en cada aspecto de nuestra vida cotidiana; el hecho de que Dios nos regule, dirija, corrija y amoneste, incluso en asuntos insignificantes como son nuestros pensamientos y motivos, es prueba que Él es viviente*

Dios tiene que ser un Dios vivo para nosotros en cada aspecto de nuestra vida cotidiana; el hecho de que Dios nos regule, dirija, corrija y amoneste, incluso en asuntos insignificantes como son nuestros pensamientos y motivos, es prueba de que Él es viviente (Fil. 1:8; 2:5, 13; 1:20). En Filipenses 1:8 Pablo dice que él añoraba a los santos “con el entrañable amor de Cristo Jesús”. Esto indica que él era uno con Cristo en sus pensamientos y sentimientos, y que Cristo lo regulaba y dirigía en Sus pensamientos, sentimientos y motivos. En 2:5 Pablo dice: “Haya, pues, en vosotros esta manera de pensar”, y en el versículo 13 dice: “Dios es el que en vosotros realiza así el querer como el hacer”. Esto implica que Dios regula y dirige nuestra mente y voluntad de tal modo que nuestro querer y nuestro hacer sea conforme a Su beneplácito, de acuerdo con lo que a Él le agrada. Como resultado de ello, Cristo es magnificado en nosotros, ya sea por vida o por muerte, y entonces vivimos a Cristo (1:20-21). Por tanto, Él es vivido y magnificado en todo cuanto hacemos en nuestra vida diaria.

*Vivimos continuamente bajo la regulación, dirección y corrección de un Dios vivo, a fin de ser un modelo de las buenas nuevas que propagamos*

Vivimos continuamente bajo la regulación, dirección y corrección de un Dios vivo, a fin de ser un modelo de las buenas nuevas que propagamos (1 Ts. 1:5-8; 2:10; 2 Ts. 3:5). Nuestro Dios no está muerto, sino que Él vive.

**Como creyentes de Cristo que somos, debemos llevar una vida en nuestro espíritu que testifique que el Dios que adoramos y servimos es un Dios vivo en los detalles de nuestra vida; la razón por la cual no hacemos ni decimos ciertas cosas se debe a que Dios vive en nosotros**

Como creyentes de Cristo que somos, debemos llevar una vida en nuestro espíritu que testifique que el Dios que adoramos y servimos es un Dios vivo en los detalles de nuestra vida; la razón por la cual no hacemos ni decimos ciertas cosas se debe a que Dios vive en nosotros (Ro. 8:6, 16). Cuando vamos a trabajar, no debíamos ser igual a los incrédulos que son como hojas muertas que son arrastradas por la corriente de esta era, que se ríen cuando todos se ríen, que lloran cuando los demás lloran, que hacen y dicen ciertas cosas simplemente debido a que todos los demás las hacen y las dicen. Nosotros debemos ser diferentes. No debíamos estar felices simplemente porque subió la bolsa de valores, ni debíamos tener paz debido a que tenemos muchas posesiones materiales; más bien, debíamos estar felices y en paz debido a que tenemos a Dios dentro de nosotros. La razón por la cual no hacemos ni decimos muchas cosas debiera ser porque Dios vive en nuestro ser. Éste debe ser nuestro evangelio, y ésta debe ser la manera en que servimos y adoramos a Dios en el evangelio de Su Hijo.

La manera más prevaleciente de hablar a los demás sobre el Dios vivo y verdadero es por medio de nuestro vivir. En 1 Tesalonicenses 1:5 Pablo dijo: “Nuestro evangelio no llegó a vosotros en palabras solamente, sino también en poder, en el Espíritu Santo y en plena certidumbre, como bien sabéis qué clase de personas fuimos entre vosotros por amor de vosotros”. La manera en que los apóstoles comían, se vestían, hablaban y vivían era el evangelio para los tesalonicenses. Por tanto, los apóstoles se convirtieron en modelos para ellos, un modelo que podían imitar. A la postre, después que los tesalonicenses habían imitado a los apóstoles por algún tiempo, ellos mismos se convirtieron en modelos para otros creyentes (vs. 6-7). De este modo el evangelio se propaga al producirse un modelo tras otro.

En 1 Tesalonicenses 2:10 Pablo dice: “Vosotros sois testigos, y Dios también, de cuán santa, justa e irreprensiblemente nos comportamos con vosotros”. La mejor manera de predicar el evangelio es disfrutar al



Dios vivo y, a su vez, dejar que los demás le vean viviendo en nosotros mismos. Romanos 8:6 y 16 dan a entender que cuando ponemos nuestra mente en el espíritu mezclado, el Espíritu testifica juntamente con nuestro espíritu de que somos hijos de Dios.

**PABLO DIJO QUE FUE  
“APARTADO PARA EL EVANGELIO DE DIOS”,  
Y DECLARÓ: “TESTIGO ME ES DIOS, A QUIEN SIRVO  
EN MI ESPÍRITU EN EL EVANGELIO DE SU HIJO”**

Pablo dijo que fue “apartado para el evangelio de Dios” (1:1), y declaró: “Testigo me es Dios, a quien sirvo en mi espíritu en el evangelio de Su Hijo” (v. 9). Hay ocho puntos en el libro de Romanos que nos revelan la clase de persona que Pablo era en su servicio a Dios. Primero, Pablo era un vaso llamado, alguien apartado para el evangelio de Dios. Romanos 1:1 dice: “Pablo, esclavo de Cristo Jesús, apóstol llamado, apartado para el evangelio de Dios”. Él era un llamado, un vaso escogido. En 9:23-24 Pablo afirma que somos “vasos de misericordia, que Él preparó de antemano para gloria, a saber, nosotros, a los cuales también ha llamado”. Dios nos llamó para que fuésemos vasos separados y santificados, no para que vayamos al cielo sino para que seamos apartados para el evangelio. En Hechos 9:15 el Señor le dijo a Ananías con respecto a Saulo: “Vaso escogido me es éste, para llevar Mi nombre en presencia de los gentiles, y de reyes, y de los hijos de Israel”. Por tanto, Pablo era un vaso llamado y apartado para el evangelio.

En segundo lugar, Pablo era un esclavo de Cristo Jesús que servía con un espíritu ferviente (Ro. 12:11). Él no servía meramente como alguien que tiene un trabajo que cumplir o que tiene cierta vocación personal; más bien, él servía como un esclavo. En tercer lugar, él era un apóstol enviado a las naciones. En Romanos 11:13 él dice: “Por cuanto yo soy apóstol a los gentiles, honro mi ministerio”. El ministerio de Pablo consistía en ir en condición de enviado a los gentiles, a las naciones. Asimismo, nosotros también fuimos enviados como apóstoles a las naciones; por tanto, debemos gloriarnos en nuestro ministerio. En cuarto lugar, Pablo era un heraldo enviado a proclamar la palabra de fe. En Romanos 10:8, 14 y 15 Pablo usa la palabra “proclamar”. La raíz griega para esta palabra es *kerússon*, que es la misma raíz de la palabra *heraldo*. Por consiguiente, Pablo era un heraldo, uno enviado a proclamar la palabra de fe. El versículo 8 dice: “‘Cerca de ti está la palabra, en tu boca y en tu corazón’. Esta es la palabra de la fe que proclamamos”.

Pablo era uno que proclamaba, un heraldo. Los versículos 14 y 15 dicen: “¿Y cómo oirán sin haber quien proclame? ¿Y cómo proclamarán si no son enviados?”. ¿Qué es un apóstol? Un apóstol es simplemente un enviado, uno enviado a proclamar la palabra de fe. Todos nosotros debemos ser apóstoles, heraldos. Quienes tienen un empleo de tiempo completo no debieran depender de los servidores de tiempo completo ni de los colaboradores para proclamar la palabra de fe; ustedes también tienen que ser heraldos. En el recobro del Señor, todos debemos ser como Pablo y servir a Dios en el evangelio de Su Hijo.

En quinto lugar, Pablo era deudor tanto a griegos como a bárbaros, tanto a sabios como a ignorantes (1:14). Él era deudor a toda clase de personas. En sexto lugar, él era un ministro (15:16). Ser un ministro es ser un servidor público, un empleado civil, que no tiene la libertad de actuar ni servir por cuenta propia. Tal persona tiene que ir a trabajar, le guste o no. Pablo era tal ministro de Cristo Jesús a todas las naciones. Asimismo, nosotros también somos ministros, ya sea que nos guste o no, nuestro trabajo y responsabilidad es anunciar el evangelio. En séptimo lugar, Pablo era un sacerdote que laboraba, un sacerdote del evangelio de Dios. Romanos 15:16 dice: “Para ser ministro de Cristo Jesús a los gentiles, un sacerdote que labora, sacerdote del evangelio de Dios, para que los gentiles sean ofrenda agradable, santificada por el Espíritu Santo”. Al igual que Pablo, hemos sido salvos para servir, para ser sacerdotes que sirven a Dios y le adoran al ofrecer a los gentiles como sacrificios espirituales a Él. Cuando conducimos a un pecador al Señor y tal pecador invoca al Señor diciendo: “Oh Señor Jesús”, esto constituye un acto de adoración a Dios.

Por último, Pablo era un evangelista que anunciaba las nuevas de cosas buenas. Romanos 10:15 dice: “¡Cuán hermosos son los pies de los que anuncian las nuevas de cosas buenas!”. La frase *anuncian las nuevas de cosas buenas* viene de la palabra griega que significa “evangelizar”, que también es la raíz para la palabra *evangelistas* usada en Efesios 4:11. Todos y cada uno de nosotros es un predicador, un evangelista, que anuncia cosas buenas. Estas “cosas buenas” son los “beneficios” de los cuales el Señor nos colma día tras día (Sal. 68:19). Estas cosas buenas no son cosas materiales, sino el propio Dios Triuno disfrutado por nosotros. Estos ocho puntos describen a la persona de Pablo. Todos nosotros debemos ser tal clase de persona en nuestro servicio a Dios.

**La palabra griega traducida “sirvo” en Romanos 1:9 significa “servir en adoración”, y también aparece en Mateo 4:10, 2 Timoteo 1:3, Filipenses 3:3 y Lucas 2:37; Pablo consideraba su predicación del evangelio como adoración y servicio a Dios, no meramente como una obra**

La palabra griega traducida “sirvo” en Romanos 1:9 significa “servir en adoración”, y también aparece en Mateo 4:10, 2 Timoteo 1:3, Filipenses 3:3 y Lucas 2:37; Pablo consideraba su predicación del evangelio como adoración y servicio a Dios, y no meramente como una obra. Los sacerdotes del Antiguo Testamento adoraban a Dios al presentar las ofrendas. Nosotros, en nuestra condición de sacerdotes del Nuevo Testamento, ofrecemos pecadores a Dios (Ro. 15:16). Si no recordamos cuándo fue la última vez que trajimos un pecador al Señor, esto quiere decir que no tenemos ninguna ofrenda que presentar a Dios. Pablo consideraba que su predicación del evangelio era una adoración a Dios y era un servicio para Dios, no solamente su obra.

**Cuando nos acercamos para servir o adorar a Dios, necesitamos una conciencia que ha sido purificada con la sangre; es necesario que nuestra conciencia contaminada sea purificada para que sirvamos a Dios de una manera viva**

Cuando nos acercamos para servir o adorar a Dios, necesitamos una conciencia que ha sido purificada con la sangre; es necesario que nuestra conciencia contaminada sea purificada para que sirvamos a Dios de una manera viva (He. 9:14; 10:22; 1 Jn. 1:7, 9; Hch. 24:16; cfr. 1 Ti. 4:7). Hebreos 9:14 dice: “¿Cuánto más la sangre de Cristo, el cual mediante el Espíritu eterno se ofreció a Sí mismo sin mancha a Dios, purificará nuestra conciencia de obras muertas para que sirvamos al Dios vivo?”. Hebreos 10:22 dice: “Acerquémonos al Lugar Santísimo con corazón sincero, en plena certidumbre de fe, purificados los corazones de mala conciencia con la aspersión de la sangre, y lavados los cuerpos con agua pura”. En Hechos 24:16 Pablo dice: “Procuró tener siempre una conciencia sin ofensa ante Dios y ante los hombres”. En nuestro servicio como sacerdotes en el Lugar Santísimo, tenemos necesidad de ser purificados con la sangre de Cristo a fin de poder servir a Dios con una conciencia libre de toda ofensa.

**Servir a Dios en evangelio equivale a servirle en el Cristo todo-inclusivo, puesto que el evangelio es sencillamente Cristo mismo**

Servir a Dios en evangelio equivale a servirle en el Cristo todo-inclusivo, puesto que el evangelio es sencillamente Cristo mismo (Hch. 5:42; Ro. 1:3-4; 8:29). Éste es el Cristo revelado en el libro de Romanos; éste es el Cristo que debemos servir a los demás. Tenemos que aprender todos estos aspectos de Cristo y predicarlos como evangelio. No debiéramos predicar un evangelio bajo o deficiente. Nuestro evangelio es simplemente Cristo mismo.

**A fin de predicar el evangelio del Hijo de Dios, debemos estar en nuestro espíritu regenerado; en el libro de Romanos Pablo recalcó que todo lo que somos, todo lo que tenemos y todo lo que hacemos para Dios debe ser en nuestro espíritu**

A fin de predicar el evangelio del Hijo de Dios, debemos estar en nuestro espíritu regenerado (1:9); en el libro de Romanos Pablo recalcó que todo lo que somos (2:29; 8:5-6, 9), todo lo que tenemos (vs. 10, 16) y todo lo que hacemos para Dios (1:9; 7:6; 8:4, 13; 12:11) debe ser en nuestro espíritu. En Romanos 2:29 Pablo dice que “la circuncisión es la del corazón, en espíritu”; después, en 8:5 él dice que “los que son según la carne ponen la mente en las cosas de la carne; pero los que son según el espíritu, en las cosas del Espíritu”; y en el versículo 9 dice: “Vosotros no estáis en la carne, sino en el espíritu, si es que el Espíritu de Dios mora en vosotros”. Estos versículos muestran que aquello que seamos, debemos serlo en nuestro espíritu. Luego, en el versículo 10 Pablo nos muestra que tenemos vida en nuestro espíritu, y en el versículo 16 él afirma que tenemos al Espíritu Santo como testigo en nuestro espíritu. Estos versículos nos muestran que todo cuanto tengamos tiene que estar en nuestro espíritu. En 1:9, 7:6 y 12:11 servimos a Dios en nuestro espíritu, y en 8:4 y 13 andamos según el espíritu y hacemos morir los hábitos del cuerpo por el Espíritu. Esto muestra que todo cuanto hagamos para Dios tenemos que hacerlo en nuestro espíritu. Por tanto, es necesario que todo nuestro ser esté en el espíritu, lo cual está en contraste con permanecer en la carne.

**Pablo servía a Dios en su espíritu regenerado en virtud del Cristo que moraba en él, el Espíritu vivificante, y no en su alma, mediante el poder y la habilidad del alma; éste era el primer asunto importante en su predicación del evangelio**

Pablo servía a Dios en su espíritu regenerado en virtud del Cristo que moraba en él, el Espíritu vivificante, y no en su alma, mediante el poder y la habilidad del alma; éste era el primer asunto importante en su predicación del evangelio.

**El evangelio de Dios, para el cual Pablo fue apartado, es el tema del libro de Romanos; el libro de Romanos puede ser considerado el quinto evangelio**

*Los primeros cuatro Evangelios tratan del Cristo encarnado, del Cristo en la carne, que vivía entre Sus discípulos, mientras que el evangelio de Romanos nos habla del Cristo resucitado, quien es el Espíritu que vive dentro de Sus discípulos*

El evangelio de Dios, para el cual Pablo fue apartado, es el tema del libro de Romanos; el libro de Romanos puede ser considerado el quinto evangelio (1:1; 2:16; 16:25). Los primeros cuatro Evangelios tratan del Cristo encarnado, del Cristo en la carne, que vivía entre Sus discípulos, mientras que el evangelio de Romanos nos habla del Cristo resucitado, quien es el Espíritu que vive dentro de Sus discípulos (8:2, 6, 9-11, 16). El evangelio de Romanos es “acerca de Su Hijo, que era del linaje de David según la carne, que fue designado Hijo de Dios con poder, según el Espíritu de santidad, por la resurrección de entre los muertos, Jesucristo nuestro Señor” (1:3-4). El evangelio en Romanos es acerca del Cristo resucitado quien, como Espíritu, vive dentro de Sus creyentes.

*Necesitamos el quinto evangelio, el libro de Romanos, para revelar al Salvador subjetivo dentro de nosotros como el evangelio subjetivo de Cristo*

Necesitamos el quinto evangelio, el libro de Romanos, para revelar al Salvador subjetivo dentro de nosotros como el evangelio subjetivo de Cristo. ¡Aleluya por este quinto Evangelio!

*El mensaje central del libro de Romanos es que Dios desea transformar a los pecadores en la carne en hijos de Dios en el espíritu, a fin de que sean los constituyentes del Cuerpo de Cristo, el cual se expresa como las iglesias locales*

El mensaje central del libro de Romanos es que Dios desea transformar a los pecadores en la carne en hijos de Dios en el espíritu, a fin de que sean los constituyentes del Cuerpo de Cristo, el cual se expresa como las iglesias locales (8:29; 12:1-5; cap. 16).

*Todos debemos ejercer nuestra función como sacerdotes del evangelio de Dios según la revelación presentada en el libro de Romanos; debemos aprender acerca de los elementos y los detalles del evangelio, experimentar todo el contenido del evangelio y ejercitar nuestro espíritu para aprender a ministrar el evangelio*

Todos debemos ejercer nuestra función como sacerdotes del evangelio de Dios según la revelación presentada en el libro de Romanos; debemos aprender acerca de los elementos y los detalles del evangelio, experimentar todo el contenido del evangelio y ejercitar nuestro espíritu para aprender a ministrar el evangelio (15:16). Todos nosotros tenemos que hacer esto.

Los siguientes ocho puntos extraídos de *La cristalización de la Epístola a los Romanos*, mensaje 25, muestran cómo Pablo cumplió con su encargo concerniente al evangelio de Dios y de qué manera él ministró el evangelio.

Primero, Romanos 1:13 dice: “No quiero, hermanos, que ignoréis que muchas veces me he propuesto ir a vosotros (pero hasta ahora he sido estorbado), para tener también entre vosotros algún fruto, como entre los demás gentiles”. Pablo llevó fruto entre los gentiles. El destino de todos los creyentes es llevar fruto. Si no tenemos fruto, seremos separados del disfrute de Cristo (Jn. 15:2, 6). Pablo se propuso tener algún fruto entre los romanos, así como entre el resto de los gentiles. En cuanto al evangelio, el corazón de Pablo era muy amplio, ya que él quería propagar el evangelio a todas las naciones. A esto se debe que él es llamado el apóstol para los gentiles (Ro. 11:13; 15:16; Ef. 3:7-8).

Segundo, en Romanos 1:14 Pablo dice: “Deudor soy igualmente a

griegos y a bárbaros, a sabios y a ignorantes”. Pablo buscó pagar su deuda en el evangelio a toda la humanidad. Nosotros también debemos tener el sentir de que somos deudores. Hemos recibido gratuitamente las inescrutables riquezas de Cristo y las disfrutamos, por lo que le debemos todo al Señor y somos grandes deudores. Así pues, es necesario que cada mes paguemos nuestra “hipoteca”, esto es, tenemos que pagar nuestra deuda al predicar el evangelio. Un predicador del evangelio no es una persona elocuente, sino alguien que se considera deudor a los demás. Tal persona tiene carga por todas las razas y nacionalidades así como por toda clase de persona. Basta con que alguien sea un ser humano, el predicador del evangelio se siente deudor a él. Pablo era esta clase de persona.

Tercero, en el versículo 16 Pablo dice: “No me avergüenzo del evangelio, porque es poder de Dios para salvación a todo aquel que cree; al judío primeramente, y también al griego”. Pablo no se avergonzaba del evangelio porque era poder de Dios para salvación a todo el que creía. Todo aquel que ha tenido alguna experiencia de predicar el evangelio ha experimentado el poder de Dios. Pero si uno jamás predicó el evangelio, se avergonzará. Por consiguiente, tenemos que comprender que por ser cristianos todos tenemos que hablar a los demás acerca del Señor Jesús.

En un mensaje titulado “La confesión verbal”, Watchman Nee dice: “Si un recién convertido no confiesa al Señor ante los demás inmediatamente después de haber creído en Él, me temo que no lo hará por el resto de su vida [...] Muchos han sido cristianos por diez o veinte años y todavía siguen mudos [...] Ellos continuarán siendo mudos hasta que mueran” (*Mensajes para edificar a los creyentes nuevos*, cap. 4, págs. 63-64).

Confesar con nuestra boca está “programado” en la salvación. Si una persona no confiesa con su boca, no es plenamente salva. Romanos 10:10 dice: “Porque con el corazón se cree para justicia, y con la boca se confiesa para salvación”. El hermano Nee continúa diciendo: “Todo nuevo creyente debe buscar oportunidades para confesar al Señor a sus compañeros de clase y de trabajo, a sus amigos, a sus familiares y a todos aquellos con quienes tenga contacto. Tan pronto se presente la oportunidad, les debe decir: ‘¡He creído en el Señor Jesús!’”. Cuanto más pronto ellos abran la boca para declarar esto, mejor” (págs. 64-65). Tenemos que olvidarnos de nosotros mismos así como de lo que los demás piensen de nosotros, y simplemente testificar: “He

creído en el Señor Jesús”. Tal vez los demás se burlen, pero cuando testificamos de este modo, algo fluirá de nosotros.

Especialmente los jóvenes tienen que comprender que si ellos confiesan de este modo, esto les salvará de muchos problemas. El hermano Nee continúa diciendo: “Si usted no confiesa con su boca, es decir, si sigue siendo un cristiano en secreto, tendrá más dificultades que los que son cristianos abiertamente, ya que las tentaciones que experimentará serán mucho más fuertes que las que experimentan los otros cristianos que confiesan al Señor. Estará atado por los afectos humanos, y las relaciones antiguas le afectarán mucho más” (pág. 65). Por definición, los cristianos son cristianos públicamente, pero los cristianos que lo son secretamente sólo son cristianos a medias.

Después de esto, el hermano Nee hace notar que no confesar al Señor delante de los demás provocará una serie de acusaciones en nuestra conciencia. Él dice:

El mundo siempre critica al Señor Jesús y siempre considera a Jesús de Nazaret un verdadero problema. El mundo siempre habla en contra del Señor. Al estar en tal lugar, ¿podría usted escuchar a esta gente y, aun así, pretender ser como uno de ellos? Fingir no sólo es doloroso, sino que también es muy difícil [...] En tales circunstancias, acaso no habría algo dentro de usted que anhelara poder gritar: “¡Este hombre es el Hijo de Dios y yo creo en Él!”. Acaso no hay algo en usted que desea proclamar: ‘¡Este hombre es mi Salvador y yo creo en Él!’ [...] ¿No hay acaso algo dentro de usted que desea proclamar esto a los cuatro vientos? [...] No hay nada más doloroso que no confesar al Señor ante los hombres. Este es el mayor de los sufrimientos. (págs. 66-67)

Si usted se encuentra en un lugar donde se critica al Señor Jesús, su conciencia le turbará si no dice nada. Puesto que somos cristianos, no tenemos otra opción que confesar al Señor Jesús delante de los hombres.

Después de esto, el hermano Nee enumera algunos de los errores más comunes con relación a confesar con nuestros labios. Primero, no debemos pensar que podemos reemplazar tal confesión con manifestar un buen comportamiento. El hermano Nee dice: “No crean que es suficiente tener un cambio de conducta; es absolutamente indispensable confesar con la boca” (págs. 68-69). Otro error es inhibirse de hacer tal confesión debido a que tememos no poder perseverar hasta el fin.

Un tercer error es debido al temor que le tenemos a los hombres. El hermano Nee dice al respecto: “Algunas personas no se atreven a confesar al Señor públicamente porque tienen temor de los hombres [...] No obstante, esta clase de persona debe prestar oído a lo que Dios dice al respecto. Proverbios 29:25 dice: ‘El temor del hombre pondrá lazo’. Si usted siente temor de ver a los demás, caerá en un ‘lazo’” (pág. 70). Después hay quienes son tímidos. El hermano Nee dice: “A usted no le avergüenza hablar de muchas cosas. Sin embargo, si dice que es cristiano, muchos dirán que usted es demasiado ingenuo o que no es lo suficientemente inteligente [...] Pero debe vencer tal sentimiento. Es cierto que el mundo se avergüenza de alguien que se ha hecho cristiano, pero nosotros tenemos que superar tal sentimiento” (págs. 71-72). Otro error es amar la gloria de los hombres. Aquí, el hermano Nee se refiere a Juan 12:42-43, que dice: “Con todo eso, aun de los gobernantes, muchos creyeron en Él; pero a causa de los fariseos no lo confesaban, para no ser expulsados de la sinagoga. Porque amaban más la gloria de los hombres que la gloria de Dios”. Si amamos la gloria de los hombres más de lo que amamos a Dios, nos inhibiremos de confesar.

Lo último que al respecto señala el hermano Nee se refiere a la relación que hay entre confesar al Señor delante de los hombres y que el Señor nos confiese delante de Su Padre. Mateo 10:32-33 dice: “Pues a todo el que en Mí confiese delante de los hombres, Yo en él también confesaré delante de Mi Padre que está en los cielos; pero a cualquiera que me niegue delante de los hombres, Yo también le negaré delante de Mi Padre que está en los cielos”. Si no confesamos al Señor, el Señor no nos confesará delante del Padre. Toda esta comunión en relación a confesar con nuestra boca se relaciona con el hecho de que Pablo no se avergonzaba del evangelio. Pablo procuró llevar fruto entre los gentiles, pagar su deuda en el evangelio y no avergonzarse del evangelio.

El cuarto punto sobre la carga que Pablo tenía en cuanto al evangelio consiste en recalcar la belleza de los pies de quienes anuncian las nuevas de buenas cosas. Romanos 10:15 dice: “Según está escrito: ‘¡Cuán hermosos son los pies de los que anuncian las nuevas de cosas buenas!’”. La manera de hermoear nuestros pies no es por medio de hacernos la “pedicura”; la manera de hacer que nuestros pies sean hermosos es predicando el evangelio. Cuando predicamos el evangelio, nuestros pies son hermosos. Vincent explica que la palabra griega para *hermoso* aquí denota “el tiempo de pleno florecimiento”. Siempre que predicamos el evangelio, estamos en el tiempo de pleno florecimiento.

La misma palabra griega es usada por la Septuaginta en Génesis 2:9 para describir el árbol de la vida como “deleitoso” o “agradable”. Cuando vamos a algún lugar a predicar el evangelio, llevamos con nosotros el árbol de la vida y el huerto del Edén. Todo lugar donde no se tiene el evangelio es un lugar muerto. Pero cuando el evangelio llega allí, se convierte en el huerto del Edén. A esto se debe que tengamos que atar al maligno por causa de la propagación del evangelio.

No hace mucho, recibí la siguiente carta de una hermana que nació en Irán y fue salva en Taiwán mientras asistía a un curso de post-grado. Ella dice:

Nací en Irán, un país musulmán. No sé cuánto sabe usted acerca del Islam, pero las normas musulmanas son totalmente contrarias a la mujer. Todas las mujeres iraníes tienen gran cantidad de problemas en sus vidas. Aborrezco al dios musulmán y aborrezco el Islam. El año pasado pude obtener una beca de investigación para post graduados de la Universidad Nacional de Taiwán. Cuando dejé Irán, yo era muy pesimista con respecto a las personas en general y procuraba en la medida de lo posible evitar el contacto con otras personas. Cierta día, en el mes de septiembre pasado, conocí a una hermana que me invitó a asistir a una reunión de predicación del evangelio. En ese tiempo, yo pensaba que lo último que necesitaba era a Dios. Había logrado escapar de un país donde todos tienen que creer en el dios musulmán y tienen que obedecerle, por lo cual no quería verme involucrada con otro dios. Pero esa hermana me llamó una y otra vez, hasta que finalmente decidí asistir a esa reunión del evangelio. Por supuesto, yo estaba segura que me era imposible creer en su Dios. Durante la reunión, noté que había algo diferente entre ellos y las personas que creen en dios en mi país. No podía determinar qué era diferente. Por un lado, quería unirme a ellos. No sé por qué, pero disfrutaba de estar con ellos. Por otro lado, había en mí un conflicto interno. Me preguntaba todo el tiempo: “¿Verdaderamente necesitas de otro Dios que ponga restricciones en tu manera de vivir con Su doctrina?”. Así que procuré escapar de ellos, pero me fue imposible. Algo dentro de mí hacía que yo me reuniera con ellos y que leyera la Biblia con ellos. Un día, leí Juan 3:16. Este versículo explica



la diferencia entre “creer en” y “creer”. Permítame citar una de las notas de pie de página: “Creer en el Señor no es lo mismo que creerle. Creerle es creer que Él es verdadero y real, pero creer en Él es recibirle y estar unido a Él como uno solo”. Entonces, de una manera maravillosa, exploré qué era lo que me empujaba hacia los cristianos. Noté que tengo un Dios poderoso que vive en mí. No era necesario que me demostraran que Dios existe. Sólo necesitaba disfrutar del Dios que vive en mí. En ese momento, recibí a Dios, un Dios vivo. A la fecha, ya pasaron ocho meses desde que fui salva, pero no podía entrar plenamente en la vida de iglesia debido a la barrera del idioma. Pero finalmente encontré una reunión de la mesa del Señor y una reunión de grupo en un distrito donde se habla el inglés. Después, comencé a leer la Biblia, a orar y a asistir con regularidad a las reuniones de hogar. No puedo explicar lo que me ha sucedido, pero algo ha cambiado en mi vida, no externamente sino internamente. Antes de recibir a Dios, me sentía sola todo el tiempo. Me preocupaba mucho por mi futuro. Odiaba a los demás. Nada me satisfacía. Pero ahora siento paz y serenidad. No me siento preocupada incluso al enfrentar las peores situaciones debido a que tengo la certeza de contar con un Dios maravilloso que me ama y me cuida todo el tiempo. Entonces, decidí compartir mi experiencia con mi familia, que vive en Irán. Un día, quise predicarle el evangelio a mi hermano por teléfono, y él puso mi llamada en el parlante de modo que mi madre podía escuchar nuestra conversación. Mi madre se enojó mucho y dijo que según las normas del Islam, debido a mi conversión, yo tenía que ser puesta a muerte si regresaba a Irán.

Por supuesto, esta hermana no quiere regresar a Irán. Éste es un testimonio de que el evangelio es el poder de Dios. Todos nosotros tenemos que ser como esta hermana. “¡Cuán hermosos son los pies de los que anuncian las nuevas de cosas buenas!”. Tenemos que ir a Irán y convertirlo en el huerto del Edén, hacerlo hermoso. Tenemos que atar el príncipe de las tinieblas que impera sobre Corea del Norte de tal modo que se convierta en un lugar hermoso y placentero a los ojos de Dios.

Dondequiera que los santos van a hablar de la verdad del evangelio, ese lugar se convierte en el huerto del Edén.

Génesis 49:21 dice: “Neftalí es una cierva suelta; / él pronuncia palabras hermosas”. La nota 1 dice:

La cierva tipifica al Cristo resucitado (véase el título de Sal. 22 y la nota). Las palabras hermosas son pronunciadas por Cristo y por quienes experimentan a Cristo en Su resurrección (Lc. 4:22; Jn. 7:46; Mt. 28:16, 18-20; Hch. 2:32-36). Según Dt. 33:23, Neftalí es colmado de favores (el equivalente en el Antiguo Testamento de la gracia neotestamentaria) y está lleno de la bendición de Jehová (refiriéndose a las bendiciones espirituales en los lugares celestiales, Ef. 1:3). Más aún, Neftalí tomará posesión del mar (el mundo gentil, véase la nota 1<sup>1</sup> de Mt. 13) y del sur (la tierra de Israel), lo cual simboliza que aquellos que experimentan al Cristo resucitado tomarán posesión de toda la tierra por medio de su proclamación de Cristo (Mt. 28:19; Hch. 1:8; Ro. 15:19).

Quinto, Romanos 15:16a dice: “Para ser ministro de Cristo Jesús a los gentiles”. Aquí, la palabra *ministro* significa “servidor público”. Pablo se esclavizó como servidor público de Cristo Jesús a todos los gentiles. En *La cristalización de la Epístola a los Romanos*, el hermano Lee dice: “Pablo era libre. No era esclavo de nadie, pero se hizo esclavo de todos para ganar a más. Se hizo todo a todos [...] De modo que por todos los medios pudiese salvar a algunos, haciéndolo todo por causa del evangelio” (pág. 288).

Sexto, Romanos 15:16b dice: “Un sacerdote que labora, sacerdote del evangelio de Dios, para que los gentiles sean ofrenda agradable, santificada por el Espíritu Santo”. Pablo laboró como sacerdote del evangelio de Dios a fin de que la ofrenda de los gentiles sea aceptable.

Séptimo, Romanos 16:25 dice: “Al que puede confirmaros según mi evangelio, es decir, la proclamación de Jesucristo, según la revelación del misterio, mantenido en silencio desde tiempos eternos”. Pablo buscó que los creyentes fuesen confirmados según su evangelio. El evangelio de Pablo era “la proclamación de Jesucristo, según la revelación del misterio, mantenido en silencio desde tiempos eternos”.

Octavo, Romanos 15:19 dice: “Con poder de señales y prodigios, en el poder del Espíritu de Dios; de manera que desde Jerusalén, y por los alrededores hasta Ilírico, he cumplido la predicación del evangelio de

Cristo”. Pablo se sentía urgido a predicar cumplidamente el evangelio de Cristo desde Jerusalén hasta los alrededores de Ilírico; esto quiere decir que él tenía la carga de predicar el evangelio en todo lugar. Tenemos que ir a Italia, a España, y todos esos lugares donde la verdad completa del evangelio todavía no ha sido predicada. Tenemos que emigrar a aquellos lugares donde el evangelio de Pablo todavía no ha sido anunciado. Hacer esto es predicar cumplidamente el evangelio de Cristo. La palabra griega traducida “cumplido” en 15:19 es traducida como “completar” en Colosenses 1:25: “Para completar la palabra de Dios”. Cuando prediquemos el evangelio en todo lugar, estaremos cumpliendo o completando el evangelio de Cristo. Pablo completó el evangelio no por medio de escribirlo, sino por medio de ir de Jerusalén hasta Ilírico.

**“DIOS ES ESPÍRITU; Y LOS QUE LE ADORAN,  
EN ESPÍRITU Y CON VERACIDAD ES NECESARIO QUE ADOREN”**

“Dios es Espíritu; y los que le adoran, en espíritu y con veracidad es necesario que adoren” (Jn. 4:24). Esto confirma el punto de que nuestro servicio y adoración a Dios tienen que realizarse en nuestro espíritu. No es cuestión de cierto lugar geográfico ni tampoco de ciertos sacrificios materiales, sino que está íntegramente relacionado con nuestro espíritu y el Espíritu.

**Tocar a Dios el Espíritu con el espíritu es beber el agua viva,  
y beber el agua viva es rendir verdadera adoración a Dios**

Tocar a Dios el Espíritu con el espíritu es beber el agua viva, y beber el agua viva es rendir verdadera adoración a Dios (vs. 10-14).

**Dios amó tanto al mundo que dio a Su Hijo unigénito  
para que los pecadores crean en Él y beban de Él,  
el Dios Triuno que fluye, a fin de que lleguen a ser  
la totalidad de la vida eterna, o sea, la Nueva Jerusalén**

Dios amó tanto al mundo que dio a Su Hijo unigénito para que los pecadores crean en Él y beban de Él, el Dios Triuno que fluye, a fin de que lleguen a ser la totalidad de la vida eterna, o sea, la Nueva Jerusalén (3:16; 4:14b; cfr. Jer. 2:13). Según Juan 3:16, todo aquel que cree en el Hijo unigénito tiene vida eterna. La totalidad de la vida eterna es la Nueva Jerusalén.

**Según la tipología, a Dios se le debe adorar  
en el lugar que Él escogió para establecer Su habitación  
y con las ofrendas; el lugar escogido por Dios para habitar  
tipifica el espíritu humano, y las ofrendas tipifican a Cristo**

Según la tipología, a Dios se le debe adorar en el lugar que Él escogió para establecer Su habitación (Dt. 12:5, 11, 13-14, 18) y con las ofrendas (Lv. 1—6); el lugar escogido por Dios para habitar tipifica el espíritu humano (Ef. 2:22), y las ofrendas tipifican a Cristo (He. 10:5-10). Hay dos elementos en la adoración a Dios: el lugar escogido por Dios como Su habitación y las ofrendas. El lugar escogido por Dios como Su habitación se refiere al espíritu humano, mientras que las ofrendas tipifican a Cristo.

**La realidad divina es Cristo como la realidad  
de todas las ofrendas del Antiguo Testamento  
con las cuales se adora a Dios y como la fuente del agua viva,  
el Espíritu vivificante, del cual participan y beben  
Sus creyentes, para que sea la realidad subjetiva de ellos**

La realidad divina es Cristo como la realidad de todas las ofrendas del Antiguo Testamento con las cuales se adora a Dios (Jn. 14:6; 1:29; 3:14) y como la fuente del agua viva, el Espíritu vivificante (4:7-15), del cual participan y beben Sus creyentes, para que sea la realidad subjetiva de ellos (1 Co. 12:13; Jn. 7:37-39). La verdadera adoración a Dios consiste en ser llenos de Cristo —tener nuestras manos llenas de Cristo como la realidad de todas las ofrendas— y estar en el lugar correcto, el cual es nuestro espíritu humano.

**A medida que disfrutamos a Cristo como la realidad divina  
de las ofrendas en nuestro espíritu, Él llega a ser  
nuestra autenticidad y sinceridad (veracidad)  
para que rindamos verdadera adoración a Dios**

A medida que disfrutamos a Cristo como la realidad divina de las ofrendas en nuestro espíritu, Él llega a ser nuestra autenticidad y sinceridad (veracidad) para que rindamos verdadera adoración a Dios (4:24). La verdadera adoración a Dios implica tomar y presentar a Cristo como la realidad de las ofrendas así como estar en nuestro espíritu.

**“NOSOTROS SOMOS LA CIRCUNCISIÓN,  
LOS QUE SERVIMOS POR EL ESPÍRITU DE DIOS  
Y NOS GLORIAMOS EN CRISTO JESÚS,  
NO TENIENDO CONFIANZA EN LA CARNE”**

“Nosotros somos la circuncisión, los que servimos por el Espíritu de Dios y nos gloriamos en Cristo Jesús, no teniendo confianza en la carne” (Fil. 3:3; cfr. Ro. 2:28-29). En este versículo, la carne no es la carne que es mala, sino la carne que es buena, que es religiosa y que se gloria en sus logros. En ella está incluido todo lo que pertenece a nuestra constitución intrínseca natural, todo aquello de lo cual podríamos jactarnos: nuestros padres, herencia, raza, idioma y así por el estilo. Romanos 8:7-8 dice: “La mente puesta en la carne es enemistad contra Dios; porque no se sujeta a la ley de Dios, ni tampoco puede; y los que están en la carne no pueden agradar a Dios”. La carne puede desempeñar dos papeles diferentes. Primero, la carne puede ser pecaminosa. Romanos 7:18 dice: “Yo sé que en mí, esto es, en mi carne, no mora el bien”. Romanos 8:3 dice que la ley “era débil por la carne”. Esto se refiere al aspecto pecaminoso de la carne. Sin embargo, la misma carne también puede procurar agradar a Dios así como intentar adorarlo. Pero según el versículo 7, la carne no puede sujetarse a la ley de Dios, y el versículo 8 dice que “los que están en la carne no pueden agradar a Dios”. Éste es el aspecto bueno de la carne.

Un pecador habitual no tiene el deseo ni la intención de agradar a Dios. Sin embargo, antes de su conversión, Pablo era celoso en cuanto a vivir según el aspecto bueno de la carne. Pablo buscó complacer a Dios por medio de su carne, pero la carne no puede agradar a Dios. La carne tiene estos dos aspectos, por lo que ella puede vestirse con uno de estos dos disfraces. En esta sección no estamos considerando la carne pecaminosa, sino la carne que incluye todo lo bueno proveniente de nuestras raíces naturales. Si alguien va a América del Sur a jactarse de que es un estadounidense y que sólo habla inglés, ello indica que no está en el espíritu; esto sería tener confianza en la carne. Si el apóstol Pablo fuese a decir: “Soy hebreo, hijo de hebreos. Hablo hebreo y estoy orgulloso de ser un hebreo”, ello indicaría que él está en la carne y no en el espíritu.

En Filipenses 3:3 Pablo declara que él no tiene confianza alguna en la carne. Después procede a decir: “Aunque yo tengo también de qué confiar en la carne. Si alguno piensa que tiene de qué confiar en la carne, yo más” (v. 4). Después de esto, él procede a enumerar sus

credenciales en la carne: un total de siete cosas. En los versículos 5 y 6 él nos dice: “Circuncidado al octavo día, del linaje de Israel, de la tribu de Benjamín, hebreo, hijo de hebreos; en cuanto a la ley, fariseo; en cuanto a celo, perseguidor de la iglesia; en cuanto a la justicia que es en la ley, llegué a ser irrepreensible”. Él pertenecía al mejor linaje, el linaje de Israel. Él era un hebreo nacido de hebreos. Esto no quiere decir que era un hebreo entre los hebreos; más bien, implica que él era un hebreo procedente de los hebreos, educado en el idioma hebreo y en las costumbres hebreas. Vincent explica: “La expresión implica las características propias del idioma y las costumbres o maneras”. Nuestro idioma es algo de lo cual nos enorgullecemos. En Hechos 21, Pablo se enfrentó a la multitud de judíos en Jerusalén: “Pablo, estando en pie en las gradas, hizo señal con la mano al pueblo. Y hecho gran silencio, habló en el dialecto hebreo” (v. 40). Hechos 22:2 dice: “Al oír que les hablaba en el dialecto hebreo, guardaron más silencio”. Para el viejo hombre, el idioma es algo muy importante y grandioso. Pablo tenía cualidades sobresalientes en la carne, pero ninguna de esas cosas eran de valor alguno en relación con el servicio al Señor.

Aun cuando parezca que Pablo desechó a los judíos en el libro de Romanos, al mismo tiempo él habló mucho en defensa de los judíos. Pablo tenía un lado muy humano y estaba orgulloso de su herencia y raíces. Sin embargo, no sirvió según esas cosas; más bien, las desechó. Él sirvió por el Espíritu de Dios, se glorió en Cristo Jesús y no tenía confianza alguna en la carne. Él era un ser humano, no un ángel, pero hizo a un lado sus credenciales naturales, su orgullo y toda jactancia. Por tanto, cuando vamos a otra nación, es necesario que hagamos a un lado nuestra nacionalidad, idioma y todo aquello de lo cual nos enorgullecamos en la carne. Es de este modo que debemos servir, no en la carne sino en el espíritu.

**La carne se refiere a todo lo que somos  
y tenemos en nuestro ser natural;  
todo aquello que es natural, sea bueno o malo,  
pertenece a la carne**

La carne se refiere a todo lo que somos y tenemos en nuestro ser natural; todo aquello que es natural, sea bueno o malo, pertenece a la carne (Fil. 3:4-6). Todas nuestras cualidades naturales, ya sean buenas o malas, son carne.

**Como creyentes de Cristo, no debemos confiar  
en nada de lo que tenemos**

**en virtud de nuestro nacimiento natural, pues todo lo que  
proviene de nuestro nacimiento natural es parte de la carne**

Como creyentes de Cristo, no debemos confiar en nada de lo que tenemos en virtud de nuestro nacimiento natural, pues todo lo que proviene de nuestro nacimiento natural es parte de la carne. Si recurrimos a cualquier cosa que poseemos en virtud de nuestro nacimiento natural para predicar el evangelio, produciremos hijos de Agar (Gá. 4:23-24, Gn. 16); sí, es posible que produzcamos cierta descendencia, pero esa descendencia será Ismael.

**Pese a que fuimos regenerados,  
es posible que sigamos viviendo  
según nuestra naturaleza caída,  
gloriándonos de lo que hacemos**

**en la carne y confiando en nuestras aptitudes naturales;  
por lo tanto, es importante que estos versículos de Filipenses 3  
nos afecten de manera profunda y personal**

Pese a que fuimos regenerados, es posible que sigamos viviendo según nuestra naturaleza caída, gloriándonos de lo que hacemos en la carne y confiando en nuestras aptitudes naturales; por lo tanto, es importante que estos versículos de Filipenses 3 nos afecten de manera profunda y personal. Servimos a Dios por el Espíritu de Dios y no tenemos confianza en la carne.

**Necesitamos que la luz del Señor brille sobre nosotros  
en lo que se refiere a nuestra naturaleza, nuestras obras  
y nuestra confianza en la carne; necesitamos que el Señor  
nos ilumine para que veamos que aún vivimos mucho  
en virtud de la carne y nos gloriamos  
en nuestras obras y nuestra preparación**

Necesitamos que la luz del Señor brille sobre nosotros en lo que se refiere a nuestra naturaleza, nuestras obras y nuestra confianza en la carne; necesitamos que el Señor nos ilumine para que veamos que aún vivimos mucho en virtud de la carne y nos gloriamos en nuestras obras y nuestra preparación. Siempre que nos jactamos de nuestros logros y cualidades, esto es indicio de que estamos en la carne. Tenemos que ponernos en contra de tal jactancia y permanecer firmes en nuestro

espíritu. Podemos invocar al Señor para salir de la carne y entrar en el espíritu.

**Un día, cuando la luz resplandezca sobre nosotros  
con respecto a este asunto,  
desearemos postrarnos delante del Señor  
y confesaremos cuán impura es nuestra naturaleza;  
entonces condenaremos todo lo que hacemos  
en virtud de nuestra naturaleza caída;  
veremos que a los ojos de Dios todo lo que se hace  
según la naturaleza caída es maligno y merece ser condenado**

Un día, cuando la luz resplandezca sobre nosotros con respecto a este asunto, desearemos postrarnos delante del Señor y confesaremos cuán impura es nuestra naturaleza; entonces condenaremos todo lo que hacemos en virtud de nuestra naturaleza caída; veremos que a los ojos de Dios todo lo que se hace según la naturaleza caída es maligno y debe ser condenado.

**Anteriormente, nos gloriábamos de nuestras obras y aptitudes,  
pero el día vendrá cuando condenaremos la carne con sus  
aptitudes; entonces nos gloriaremos únicamente en Cristo,  
comprendiendo que en nosotros mismos  
no tenemos absolutamente ninguna base para gloriarnos**

Anteriormente, nos gloriábamos de nuestras obras y aptitudes, pero el día vendrá cuando condenaremos la carne con sus aptitudes; entonces nos gloriaremos únicamente en Cristo, comprendiendo que en nosotros mismos no tenemos absolutamente ninguna base para gloriarnos. Si leemos detenidamente el libro de Romanos podremos ver qué sentir tenía Pablo con respecto a los judíos. En 9:2 Pablo habla de tener gran tristeza y continuo dolor en su corazón por los judíos. En 10:1 él dice que el beneplácito de su corazón y su súplica a Dios por los judíos es para la salvación de ellos. En 10:2 él da testimonio a favor de los judíos. En 11:1 él declara que Dios no desechó a Su pueblo y exclama: “¿Ha desechado Dios a Su pueblo? ¡De ninguna manera!”. Pablo usa esta expresión enfática *¡De ninguna manera!*, hasta diez veces en el libro de Romanos, y seis de ellas lo hace al hablar en defensa de los judíos. En el capítulo 11 Pablo declara que los judíos todavía siguen siendo la masa ofrecida como primicias (v. 16), que siguen siendo la raíz que sustenta a las ramas (v. 18), y aunque fueron excluidos (v. 15), ellos son las

riquezas de los gentiles (v. 12), y a la postre serán injertados nuevamente en su propio olivo (v. 24). Todo esto nos muestra que Pablo tenía sentimientos muy fuertes hacia los judíos. No obstante, él los hizo a un lado, poniéndolos diariamente en la cruz y viviendo en la vida de resurrección.

**Únicamente cuando hayamos sido iluminados por Dios realmente podremos decir que no confiamos en nuestra aptitud, capacidad o inteligencia naturales; sólo entonces podremos testificar que nuestra confianza está puesta totalmente en el Señor; una vez que seamos iluminados de esta manera, serviremos y adoraremos verdaderamente a Dios en nuestro espíritu y por el Espíritu**

Únicamente cuando hayamos sido iluminados por Dios realmente podremos decir que no confiamos en nuestra aptitud, capacidad o inteligencia naturales; sólo entonces podremos testificar que nuestra confianza está puesta totalmente en el Señor; una vez que seamos iluminados de esta manera, serviremos y adoraremos verdaderamente a Dios en nuestro espíritu y por el Espíritu.

**SI DESEAMOS SERVIR A DIOS EN EL EVANGELIO DE SU HIJO, ES MENESTER QUE COMPRENDAMOS QUE SOMOS HOMBRES EN LA CARNE Y QUE LO ÚNICO QUE MERECEMOS ES MORIR Y SER SEPULTADOS; DE ESTE MODO, SEGUIREMOS EL MODELO ESTABLECIDO POR EL SEÑOR PARA QUE SE CUMPLA TODA JUSTICIA Y ENTRAREMOS EN EL MINISTERIO DE LA ERA**

Si deseamos servir a Dios en el evangelio de Su Hijo, es menester que comprendamos que somos hombres en la carne y que lo único que merecemos es morir y ser sepultados; de este modo, seguiremos el modelo establecido por el Señor para que se cumpla toda justicia y entraremos en el ministerio de la era (Mt. 3:13-17; 21:32). El Señor dejó establecido el modelo según el cual debemos ser bautizados para desecharnos la carne. Él no tenía por qué avergonzarse de Su carne, pues Su carne no era la carne de pecado (Ro. 8:3). Pese a ello, desechó Su carne sin pecado.

La base sobre la cual Jesús se hizo bautizar es que Él, según Su humanidad, se consideraba un hombre, específicamente un israelita, quien es un hombre “en la carne” (Jn. 1:14). Aunque él únicamente tenía “ semejanza de carne de pecado” (Ro. 8:3), “sin pecado” (He.

4:15), Él estaba “en la carne”, la cual no tiene nada bueno en ella, y no merece otra cosa que morir y ser sepultada. Basado en este hecho, al comienzo de Su ministerio para Dios, Él estuvo dispuesto a ser bautizado por Juan el Bautista, reconociendo que, según Su humanidad, no poseía nada que lo calificara para ser un siervo de Dios. Como un hombre en la carne, necesitaba ser un hombre muerto y sepultado en las aguas de la muerte, a fin de cumplir el requisito neotestamentario de Dios conforme a Su justicia; Él hizo esto de buena gana, considerando que esto cumplía la justicia de Dios. Esto muestra que no debemos introducir nada que proceda de nuestra vida natural, de nuestra carne, en el ministerio de Dios en el servicio de Su evangelio. Todos debemos declarar con respecto a nuestra vida y nuestra obra: “Soy una persona en la carne y, como tal, sólo merezco morir y ser sepultado; por lo tanto, deseo ser aniquilado, crucificado y sepultado” (Gá. 2:20). Nada de nuestra cultura, nuestro pasado o producto de nuestra formación tiene utilidad alguna para nuestro servicio del evangelio.

**NUESTRA OBRA Y LABOR PARA EL SEÑOR EN EL EVANGELIO NO DEBE REALIZARSE EN VIRTUD DE NUESTRA VIDA NATURAL NI DE NUESTRA CAPACIDAD NATURAL, SINO DE LA VIDA Y PODER DE RESURRECCIÓN DEL SEÑOR; LA RESURRECCIÓN ES EL PRINCIPIO ETERNO QUE REGULA NUESTRO SERVICIO A DIOS**

Nuestra obra y labor para el Señor en el evangelio no debe realizarse en virtud de nuestra vida natural ni de nuestra capacidad natural, sino de la vida y poder de resurrección del Señor; la resurrección es el principio eterno que regula nuestro servicio a Dios (Nm. 17:8; 1 Co. 15:10, 58; 16:10). La resurrección es el único principio que rige nuestra obra debido a que el Espíritu es la realidad de la resurrección. Únicamente cuando estamos en resurrección tenemos el verdadero servicio a Dios. En Números 17:8 la vara de Aarón era apenas un pedazo inerte de madera que no servía para nada. El hecho de que reverdeciera era una señal de la resurrección. La nota 1 dice:

Una vara está hecha de madera inerte, sin vida, que no solamente ha sido cortada sino que incluso se ha secado. No obstante, ¡ese pedazo de madera inerte y seca reverdeció! Un brote es algo orgánico, propio de la vida. La vara de Aarón que reverdeció tipifica no a un Cristo muerto, sino al Cristo resucitado, al Cristo que reverdece, el cual no solamente da brotes, sino que incluso florece y da fruto destinado a



madurar. Éste es el Cristo que imparte vida a las personas (Jn. 12:24; 1 P. 1:3). Hoy en día Él continúa dando brotes, y nosotros somos el fruto, las almendras, producto de Su reverdecer.

**El Espíritu vivificante es la realidad del Dios Triuno,  
la realidad de la resurrección y la realidad  
del Cuerpo de Cristo**

El Espíritu vivificante es la realidad del Dios Triuno, la realidad de la resurrección y la realidad del Cuerpo de Cristo (Jn. 16:13-15; 20:22; 1 Co. 15:45; Ef. 4:4).

**La resurrección significa que todo proviene de Dios  
y no de nosotros, que sólo Dios es capaz  
y nosotros no lo somos, y que Dios  
es quien lo hace todo y no nosotros**

La resurrección significa que todo proviene de Dios y no de nosotros, que sólo Dios es capaz y nosotros no lo somos, y que Dios es quien lo hace todo y no nosotros (Nm. 17:8).

**Todos aquellos que conocen la resurrección  
han perdido toda esperanza en sí mismos;  
saben que no pueden lograr nada;  
todo lo que procede de la muerte nos pertenece a nosotros  
y todo lo relacionado con la vida le pertenece al Señor**

Todos aquellos que conocen la resurrección han perdido toda esperanza en sí mismos; saben que no pueden lograr nada; todo lo que procede de la muerte nos pertenece a nosotros y todo lo relacionado con la vida le pertenece al Señor (2 Co. 1:8-9; cfr. Ec. 9:4). Romanos 4:18 da a entender que Abraham había perdido toda esperanza: “Él creyó en esperanza contra esperanza, para llegar a ser padre de muchas naciones, conforme a lo que se le había dicho: ‘Así será tu descendencia’”. Él creyó en el Dios que “da vida a los muertos, y llama las cosas que no son, como existentes” (v. 17). La nota 1 del versículo 17 dice: “Abraham creyó a Dios con respecto a dos cosas: (1) el nacimiento de Isaac, el cual está relacionado con el Dios que ‘llama las cosas que no son, como existentes’, y (2) la devolución de Isaac después de que Abraham lo presentó como ofrenda, lo cual está relacionado con el Dios que ‘da vida a los muertos’”. Las obras de la carne únicamente producen

a Ismael (Gn. 16). Pero Isaac es generado en resurrección. El nombre *Isaac* significa “él ríe”. Hubieron dos risas, pero es la segunda risa la que cuenta. La primera risa fue la risa burlona de Sara que manifestaba incredulidad y es mencionada en Génesis 18:12-15. La segunda risa fue cuando Isaac nació en resurrección (21:6), lo cual denota la experiencia de creer en el Dios que llama las cosas que no son, como existentes. Después, en el capítulo 22, Dios le dijo a Abraham que ofreciera a Isaac como holocausto. La nota 1 del versículo 3 dice: “Abraham obedeció a Dios inmediatamente debido a que él creía en el Dios que resucita”. Abraham ofrendó lo que Dios le había dado y después lo recibió nuevamente en resurrección. Esto fue “conforme a lo que se le había dicho: ‘Así será tu descendencia’”. Por tanto, tenemos que ser como Abraham. Todos aquellos que conocen la resurrección han perdido toda esperanza en sí mismos, pues saben que no pueden lograrlo. Todo cuanto se relaciona con la muerte procede de nosotros, pero todo cuanto se relaciona con la vida procede del Señor. Debemos orar: “Señor, yo estoy muerto. Todo lo que es viviente te pertenece”. Eclesiastés 9:4 dice: “Mejor es perro vivo que león muerto”. Tal vez usted sea un león, pero está muerto. Sólo el Señor es Aquel que vive.

**Debemos reconocer que no somos nada, no tenemos nada  
ni podemos hacer nada; debemos llegar a nuestro fin  
para convencernos de nuestra completa inutilidad**

Debemos reconocer que no somos nada, no tenemos nada ni podemos hacer nada; debemos llegar a nuestro fin para convencernos de nuestra completa inutilidad (Éx. 2:14-15; 3:14-15; Lc. 22:32-34; 1 P. 5:5-6). En Éxodo 3 Dios llamó a Moisés allí donde la zarza ardía. La nota 1 al versículo 11 dice: “A los cuarenta años de edad, Moisés recibió la carga de libertar a Israel de la esclavitud egipcia (2:11-12). Sin embargo, Dios lo disciplinó por otros cuarenta años (Hch. 7:30) y no lo llamó sino hasta que él hubo perdido toda confianza en sí mismo (cfr. 4:10 y la nota). Moisés tenía que aprender a cooperar con Dios sin valerse para ello de su capacidad y fuerza naturales”.

En Lucas 22:31-33 el Señor le dijo a Pedro: “Simón, Simón, he aquí Satanás os ha pedido para zarandearos como a trigo; pero Yo he rogado por ti, que tu fe no falte; y tú, una vez vuelto, confirma a tus hermanos. Él le dijo: Señor, dispuesto estoy a ir contigo no sólo a la cárcel, sino también a la muerte”. Sin embargo, no pasó mucho tiempo antes que Pedro fracasara completa y rotundamente. Pedro recordó después las

palabras del Señor: “Confirma a tus hermanos” y las usó en 1 Pedro 5:10: “El Dios de toda gracia, que os llamó a Su gloria eterna en Cristo Jesús, después que hayáis padecido un poco de tiempo, Él mismo os perfeccione, confirme, fortalezca y cimiente”.

**El Cristo resucitado, quien es el Espíritu vivificante,  
vive en nosotros capacitándonos para hacer lo que  
jamás podríamos hacer en nosotros mismos**

El Cristo resucitado, quien es el Espíritu vivificante, vive en nosotros capacitándonos para hacer lo que jamás podríamos hacer en nosotros mismos (1 Co. 15:10; 2 Co. 1:8-9, 12; 4:7-18). En 2 Corintios 4:7 se nos dice: “Tenemos este tesoro en vasos de barro, para que la excelencia del poder sea de Dios, y no de nosotros”. La nota 2 dice:

Este tesoro, el Cristo que mora en nosotros los vasos de barro, es la fuente divina de la provisión para la vida cristiana. Es por medio del poder excelente de este tesoro que los apóstoles, como ministros del nuevo pacto, pudieron vivir una vida crucificada, de tal modo que se manifestara la vida de resurrección de Cristo, a quien ministraban. De esta manera, ellos manifestaban la verdad (v. 2) para que resplandeciera el evangelio.

**Cuando no vivimos en virtud de nuestra vida natural,  
sino en virtud de la vida divina que está en nosotros,  
estamos en resurrección; el resultado de esto es  
la realidad del Cuerpo de Cristo,  
que es la meta del evangelio de Dios**

Cuando no vivimos en virtud de nuestra vida natural, sino en virtud de la vida divina que está en nosotros, estamos en resurrección; el resultado de esto es la realidad del Cuerpo de Cristo, que es la meta del evangelio de Dios (Fil. 3:10-11; Ef. 1:22-23). En Efesios 1 vemos que es al experimentar la resurrección (vs. 19-20) que obtenemos la iglesia como el Cuerpo, esto es, la plenitud de Aquel que todo lo llena en todo (vs. 22-23). Que todos seamos inspirados para servir al Señor en nuestro espíritu en el evangelio de Su Hijo.—A. Y.

## ESTUDIO DE CRISTALIZACIÓN DEL EVANGELIO DE DIOS

**La fe como el evangelio  
y la meta del evangelio  
(Mensaje 11)**

Lectura bíblica: Gá. 1:23; 6:10; 1 Ti. 1:4; Jud. 3; Mt. 26:6-13

- I. Al igual que Pablo, nosotros debemos anunciar la fe como el evangelio—Gá. 1:23:
  - A. La fe es el contenido del evangelio completo según la economía neotestamentaria de Dios; por ende, la fe es objetiva—1 Ti. 1:19; 2:7; 3:9; 4:1, 6; 5:8; 6:10, 12, 21; 2 Ti. 3:8; 4:7; Tit. 1:13:
    1. La fe denota el contenido del Nuevo Testamento como nuestra fe, en la cual creemos para ser salvos—Hch. 6:7; 1 Ti. 6:21; 2 Ti. 2:18.
    2. En Gálatas 1:23 *la fe* implica nuestra acción de creer en Cristo, tomando Su persona y Su obra redentora como el objeto de nuestra fe.
  - B. La fe se refiere a la acción de creer en el evangelio, en Dios y en Su palabra y Sus hechos; por ende, la fe es subjetiva—1 Ti. 1:2, 4-5, 14, 19; 2:15; 2 Ti. 1:5; 2:22.
- C. Gálatas nos da una revelación de la fe como evangelio en ciertos principios básicos—1:11-12, 23; 2:5, 14:
  1. El hombre caído no puede ser justificado por las obras de la ley—v. 16a.
  2. Según la economía neotestamentaria de Dios, no debemos guardar la ley; más bien, somos justificados por la fe en Cristo—v. 16b.
  3. Estamos muertos a la ley, estamos vivos para Dios y Cristo vive en nosotros—vs. 19-20.
  4. En la economía neotestamentaria de Dios, tenemos vida y vivimos por la fe—3:11.
  5. El evangelio le fue predicado a Abraham; la economía neotestamentaria de Dios es una continuación de la manera en que Dios se relacionaba con Abraham—vs. 8-14.